

Alan Knight, *La Revolución mexicana. Del Porfiriato al nuevo régimen constitucional*, 2 vols., México, Grijalbo, 1996, 11 189 p.

Jean Meyer

Con esta versión en castellano de un libro publicado en 1986 por la Universidad de Cambridge, la escuela historiográfica europea sobre la Revolución mexicana queda casi completamente traducida. Por supuesto, no es una escuela sino una colección de individualidades: el austroamericano Friedrich Katz, el francomexicano Jean Meyer, el hispanofrancés F.X. Guerra y el suizo H.W. Tobler. Katz y Guerra no esperaron mucho, Tobler y Knight 10 años, y J. Meyer 20 en el caso de su *Revolución mexicana* (Jus, 1992). A principios de 1998 Katz publicará en Estados Unidos y en México, al mismo tiempo, su obra magna sobre Pancho Villa, que dejará atrás muchas páginas de los libros mencionados.

Se puede decir que esa escuela —que en realidad no lo es— fue esencialmente revisionista, en el buen sentido etimológico de la palabra, y puso en duda la versión oficial, la vulgata de la Revolución mexicana. Hasta Knight fue revisionista a su manera, al revisar los textos de los revisionis-

tas; sólo que él llegó unos años después. De tal manera que con Knight el revisionismo se muerde la cola y el lector se vuelve a encontrar en el punto de partida: Luis Cabrera, Frank Tannenbaum y Jesús Silva Herzog.

La obra de Knight tiene dos grandes méritos: por una parte, es el primer libro que abarca todos los movimientos, populares o no, entre 1910 y 1920 y, por la otra, examina todas las teorías existentes sobre la Revolución en general y su aplicación al caso mexicano. Ochenta y siete años después de la Revolución mexicana todavía se sigue debatiendo cuál fue su alcance, su naturaleza y su importancia. La vasta literatura consagrada al tema se interesa en especial por las cuestiones sociales y políticas. ¿Fueron conflictos imperialistas los que engendraron la violencia? Y, en caso afirmativo, ¿cómo consiguieron dividir a la sociedad mexicana y sumergirla en la guerra civil? O bien, ¿sólo la lucha de clases explicaría los diez años de tumultos?

Existen varios supuestos teóricos que han sido aceptados durante mucho tiempo: la Revolución fue un movimiento del pueblo por el pueblo y para el pueblo; cuando más violento fue el combate, más profundo resultó el cambio revolucionario; por debajo de la revolución social subyacía un movimiento nacionalista antinorteamericano que respondía a las tentativas estadounidenses de bloquear la Revolución. Es más, la vulgata revolucionaria afirmaba que la Revolución de 1910 había consistido en la sublevación de las clases populares contra las superiores, y que el conflicto tenía fatalmente que estallar.

Durante la década de los cuarenta, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas tomaron una cierta distancia respecto a ese modelo, pero hubo que esperar a la década de los sesenta para que la evolución de la sociedad mexicana y la tragedia política del movimiento estudiantil —que tuvo su fin en octubre de 1968 en Tlatelolco— generaran una corriente revisionista que se fue acrecentando hasta que, recientemente, se volvió torrencial. El gran debate revisionista —y más que de debate habría que hablar de moda— sienta en el banquillo a la Revolución mexicana y la acusa, en el mejor de los casos, de haber sido interrumpida o traicionada, y con mayor frecuencia, de haber sido estrictamente política y consistir en una fructífera manipulación de las masas. La Revolución sería, pues, exclusivamente, una lucha conducida por las élites y las clases medias, en la que el pueblo intervino de manera intermitente y de diferentes modos según las

regiones. Se trataría de una guerra civil “burguesa” y no de una revolución socioeconómica.

Knight toma su distancia respecto a los revisionistas. Para él, la Revolución mexicana fue totalmente popular. Nos recuerda que destruyó al ejército profesional porfirista, renovó por completo al personal político y liquidó al grupo oligárquico —si no es que a la clase— de los grandes terratenientes. La Revolución erigió en definitiva un nuevo Estado, obra de una nueva élite militar, que entre 1920 y 1940 llevó a cabo un proyecto nacionalista de modernización social y económica del que la reforma agraria y la lucha contra la Iglesia católica son partes integrantes. La guerra causó estragos de 1913 a 1919 y fue una formidable partera.

Pese a los profundos cambios socioeconómicos que tuvieron lugar entre 1880 y 1900, el presidente Díaz había conseguido desarmar a todas las fuerzas de la oposición. Después de 1900 todo cambió. El secreto de la “paz porfiriana” se basó en la neutralización de los revoltosos de siempre: el ejército, las élites y las clases medias. Sin ellos, las rebeliones populares no desembocaban en nada. Pero, después de 1900, la división en el seno de la élite y de la clase media desembocó en una crisis política de cuya gravedad el gobierno no era consciente. Knight habla de la “ventana de vulnerabilidad”, aquello que permitía a toda crisis política degenerar en revolución social. “Esa ventana todavía estaba abierta cuando en 1910 Madero convocó al pueblo a las armas”.

Knight insiste en que “la Revo-

lución de 1910 no estuvo anunciada por la acumulación de síntomas premonitorios: no hubo una fiebre progresiva que condujera a la explosión revolucionaria". Después de pasar revista al clásico capítulo de las causas remotas e inmediatas, de los orígenes y los antecedentes, Knight insiste en la dimensión política:

[...] la dislocación del "antiguo régimen" no era inevitable, los errores políticos acumulados entre 1900 y 1910 provocaron una coalición heterogénea, y por tanto inmensa, en torno a Madero; esta ocasión política permitió unos meses de movilización social intensa en 1910-1911; el ascenso de Madero a la presidencia fue causa de que esa movilización decayera hasta que más tarde, en 1913, el golpe de Estado contrarrevolucionario la reavivó de manera definitiva.

El libro de Knight es extenso y ambicioso y, en lo que se refiere al periodo de 1910-1920, no cabe duda de que es un libro esencial. El enfoque que hace de la historia es global. Trata el tema en todas sus dimensiones geográficas y temáticas: sociedad, economía, diplomacia, mentalidades, historia nacional, regional y local. El resultado es una combinación notable de análisis y de narración que utiliza óptimamente las fuentes primarias y secundarias, abarca una inmensa bibliografía, manifiesta una vasta cultura y grandes dotes de escritura. El autor no desdeña las pausas reflexivas teóricas o comparativas y dialoga con

otros que también han escrito sobre la Revolución. Los confronta enérgicamente, a veces demasiado enérgicamente, y casi recurre a la violencia *ad hominem*.

Así pues, A. Knight piensa —contrariamente a F. Katz— que los factores internacionales afectaron muy levemente el curso de la Revolución. Afirma que "la política de los Estados Unidos no fue un factor decisivo en la caída de Huerta", así como tampoco lo fue en la derrota de Villa, y que la ocupación de Tampico y Veracruz por los *marines* en 1914 no tuvo ninguna consecuencia grave, así como tampoco la tuvo la expedición Pershing. De la misma manera, minimiza el papel que desempeñó Alemania o el de la primera Guerra Mundial. No debemos exagerar el peso del factor exterior, pero Knight se equivoca al llevar sistemáticamente la contra. No se trata sólo de las intervenciones directas estadounidenses, sino del factor Estados Unidos. Sin el gran mercado, sin el gran arsenal al norte de la frontera, los ejércitos revolucionarios del norte no hubieran existido y, por lo mismo, tampoco la Revolución.

Tengo otro punto de desacuerdo con Knight. Su concepto de "revolución serrana" para explicar la revolución del noroeste no me convence; como tampoco el de "revolución minera" de quien fue una vez su oponente en un duelo académico, F.X. Guerra. Para entender la base social del maderismo armado, del orozquismo y del villismo, la bibliografía y los archivos diplomáticos y consulares americanos e ingleses no sirven. Cierzo, con la excepción yaqui en Sonora y

la de La Laguna en Coahuila, no había problema agrario en estos estados. Pero en Durango y en Chihuahua, sí lo había. En Chihuahua, con al ley municipal de 1905, las haciendas expropiaron rápidamente a los pueblos, lo que provocó el odio contra Terrazas. Esa ley fue mucho más grave que la de los baldíos. Los archivos de Silvestre Terrazas, las cartas del administrador inglés de la hacienda Santa Catalina, de Pablo Martínez del Río y los informes a Porfirio Díaz de sus generales en el noroeste (1910-1911) permiten saber quiénes eran esos revolucionarios y decir que ni Knight ni Guerra tienen la razón, sino que la tiene F. Katz.

Knight acierta cuando dice que la guerra confiere su lógica a la Revolución y vuelve ilusorios los intentos reduccionistas de los constructores de modelos. "La Revolución sigue su curso y desarrolla su propia lógica, a la que no se puede precisamente vincular con los orígenes sociales o con las ideologías". Una vez propuesta esta clave, Knight la utiliza para ofrecernos su lectura de la Revolución mexicana. Entre otros aspectos, destacan el valor que confiere a la violencia revolucionaria urbana, olvidada con demasiada frecuencia, y al papel de los artesanos en aquellos tumultos sangrientos y devastadores que caracterizaron las "entradas" de los ejércitos revolucionarios: la toma de Torreón, de La Laguna o de Durango.

Knight finaliza su relato en 1920, con la muerte violenta de Carranza. Después de 250 páginas dedicadas al periodo de 1915-1920, años que tan mal conocemos y que han sido

descuidados por los historiadores, Knight llega a la cuestión de la naturaleza de la Revolución mexicana: "Las grandes guerras han sido las parteras del cambio en el siglo XX: en México la guerra fue civil y no internacional, pero en virtud de su carácter total, tuvo efectos comparables, duros pero imprevistos". La guerra dio muerte al reformismo maderista, liberal y tolerante. Después, destruyó al antiguo régimen. Más tarde sentó las bases de un presidencialismo sin freno, creó un nuevo ejército, una nueva administración, un nuevo Estado, sindicatos obreros y ligas agrarias que fueron sus clientes.

Es inevitable que la Revolución colecciona paradojas a partir del momento en que los hombres son rebasados por sus actos. Madero quería una reforma política, no deseaba un levantamiento popular. Huerta quería restablecer el orden pero propagó la guerra universal y quedó sepultado bajo sus ruinas. Villa y Zapata querían algo muy diferente de lo que obtuvieron, primero en la victoria y después en la derrota. Carranza y los hombres de Sonora comenzaron en 1913 por defenderse contra el centralismo de Huerta, en una reacción de autodefensa, y después se encontraron conquistando todo el país, pactando con los obreros, negociando con Estados Unidos y las compañías petroleras, hasta establecer los fundamentos de un neoporfirismo que prosperó allí donde al antiguo régimen había fracasado: en la incorporación de las masas. El Estado momentáneamente frágil de un Porfiriato en extinción, el de los "científicos", se

convirtió, durante mucho tiempo, en un Estado invencible. Desde este punto de vista, la Revolución mexicana, como la francesa, la rusa o la china, es la transición de un Estado frágil a uno poderoso.

No obstante, esta revolución se comprende mejor con la lectura de Tocqueville que con la de Lenin. Knight no difiere tanto de la de Guerra cuando dice:

Ésta fue la última de las grandes revoluciones que, siguiendo un modelo más tocquevilleano que leninista, ha permanecido esencialmente nacional, no ha producido modelo a seguir ni partido de vanguardia y, sobre todo, sirvió para reforzar más que para subvertir muchos de los rasgos del antiguo régimen que ella misma derribó. Podemos hacernos eco de Tocqueville: un gobierno a la vez más fuerte y

mucho más autocrático que el que la revolución había derrocado.

Los revolucionarios "de arriba" construyeron sobre las ruinas de la revolución anterior de los "de abajo". Los elementos populares que más participaron en la Revolución, los rurales—y los que Knight denomina los "serranos", los artesanos urbanos—fueron abandonados en aras del progreso. Como escribió en otra ocasión Barrington Moore Jr., los rurales proporcionaron la dinamita para destruir el antiguo orden, y los que construyeron el nuevo orden se subieron encima de sus hombros. Los principales beneficiarios de la Revolución fueron los obreros, que ni estuvieron en la vanguardia ni aportaron la masa combatiente. Hasta tal punto es cierto que la Revolución aceleró el progreso que sus elementos populares quisieron detener.